



CAPÍTULO VII

En el que Periquillo cuenta la suerte de Luisa, y una sangrienta aventura que tuvo, con otras cosas delectables y pasaderas

Lo hice como lo propuse, y me fuí á andar las calles sin destino, lleno de confusión, sin medio real ni arbitrio de tenerlo, y con bastante hambre, pues ni había cenado la noche anterior ni me había desayunado aquel día.

En este fatal estado me dirigí á mi antigua guarida, al truco de la Alcaicería, á ver si hallaba en él á alguno de mis primeros conocidos, que se doliera de mis penas y tal vez me las socorriera de algún modo, á lo menos la ejecutiva de mi estómago.

No me equivoqué en la primera parte, porque hallé en el truco á casi todos los antiguos concurrentes, los que, luego que me vieron, conocieron y se impusieron de mi deplorable estado, en vez de compadecerse de mi suerte, trataron de burlarse alegremente de mi desgracia, diciéndome: — ¡Oh, señor don Pedro! ¡Cómo se conoce que los pobres hedemos á muertos! Cuando usted tuvo su bonanza no se volvió á acordar para nada de nosotros ni de los favores que nos debió. Si nos encontraba en alguna calle, se hacía de la vista gorda y pasaba sin saludarnos; si alguno de nosotros le hablaba, hacía que no nos conocía; si lo ocupábamos alguna vez, nos mandaba desairar con Roque, aquel su barbero, que también anda ya hecho un andrajo, y finalmente, manifestó en su bonanza todo el desprecio que le fué posible hacia nosotros.

Señor don Pedro; el dinero tiene la gracia, para algunos, de hacerlos olvidadizos con sus mejores amigos si son pobres. Usted, cuando tuvo dinero, procuró no rozarse con nosotros por pobres; y así, ahora que está pelado, váyase allá con sus amigos, los señores de capas y casacas, y no vuelva á poner aquí los pies, mientras que no traiga un peso que jugar, porque nosotros no queremos juntarnos con su merced.

De este modo me insultó cada uno lo mejor que pudo, y yo no tuve más oportuna respuesta que mar-

charme, como suelen decir, con la cola entre las piernas, reflexionando que cuanto me habían dicho era cierto, y era fuerza que yo recogiera el fruto de mi vanidad y mis locuras.

Como el hambre me apuraba, traté de ir á pedir algún socorro á los amigos que me habían comido medio lado y se habían divertido á mi costa.

No me fué difícil hallarlos; pero ¡cuál fué mi cólera y mi congoja, cuando después de avergonzarme con todos, presentándome á su vista en un estado tan indecente, después de referirles mis miserias, y provocar su piedad con aquella energía que sabe usar la indigencia en tales ocasiones, sólo escuché desprecios, sátiras y burletas!

Unos me decían: — Usted tiene la culpa de verse en ese estado; si no hubiera sido calavera hoy tendría que comer. — Otros: — Amigo, yo apenas alcanzo para mantener á mi familia; todavía está usted mozo y robusto; siente plaza en un regimiento, que el rey es padre de pobres. — Otros, fingiendo una grande admiración, me decían: — ¡Válgame Dios! ¿Y cómo se le arrancó á usted tan pronto? — Yo lo decía, y ellos replicaban: — Aquellos gastos y vanidades de usted no podían tener otro fin. — Otros: — Vaya usted con esas quejas á los ricos, que á ellos se les debe pedir limosna y no á los pobres como yo.

Así me iban todos despidiendo, y los más piadosos me hacían creer que se compadecían de mi desgracia; pero que no la podían remediar.

De esta suerte, triste, despechado y hambriento, salí de todas partes, sin que hubiera habido uno de tantos que se lisonjeaban de llamarse mis amigos que me hubiera dado siquiera un pocillo de chocolate.

A mí ya no me cogían muy de nuevo estas ingratitudes; pero no me había aprovechado de sus lecciones. Pensaba que todos los que se dicen amigos en el mundo lo eran de las personas y no de sus intereses; mas entonces y después he visto que hay muchos amigos, pero muy pocas amistades.

La falsedad de los amigos es muy antigua en el mundo. En el libro más santo y verdadero ¹ se leen todas estas sentencias: *Hay amigos de tiempos, que no permanecen en el día de la tribulación. Hay amigos muy puntuales á la mesa, que no serán así en el día de la necesidad.* En el mismo lugar se dice: *Dichoso el que ha hallado un amigo verdadero. En el tiempo de su tribulación permanécele fiel. Sé fiel con el amigo en su pobreza. Yo no me confundiré ó avergonzaré de saludar á mi amigo; no me excusaré de él, y si me viniere algún mal por su causa, lo sufriré.* Alabando al buen amigo dice: *que el amigo fiel es una robusta protección, que el*

¹ *Eclesiást.*, cap. 6, vs. 8, 10, 14, 15 y 17; cap. 22, vs. 28 y 31; cap. 26, vs. 12 y 23.

que lo halló, encontró un tesoro; y por último, dice: que ninguna comparación es propia para ensalzar al fiel amigo, ni junto á su bondad es digna la ponderación del oro ni de la plata.

¿Pero quién será este desinteresado, este prudente, este fiel y este amigo verdadero? *El que teme á Dios, dice el mismo Eclesiástico, ése sabrá tener una buena amistad.*

Lejos estaba yo en esos tiempos de saber estas cosas, ni de valerme de los escarmientos que el mismo mundo me proporcionaba; y así es que, sin sentir más que las penas actuales que me affigían, viendo que la esperanza que yo tenía en mis falsos amigos se había acabado, que no hallaba abrigo ni consuelo en parte alguna y que mi hambre crecía por momentos, eché mano de mi pobre chupa para venderla, como lo hice, y me fuí á almorzar, sobrándome creo que ocho ó diez reales.

El día lo pasé adivinando en dónde me quedaría en la noche; pero cuando ésta llegó se me juntó el cielo con la tierra, no teniendo un *jacal* en donde recogerme.

En este estado determiné arrojarme á la casa del sastre que me hizo la ropa, y pedirle que por Dios me hospedara en esa noche.

Con esta determinación iba yo por la calle de los Mesones, cuando ví en una accesoria á Luisa, nada inde-